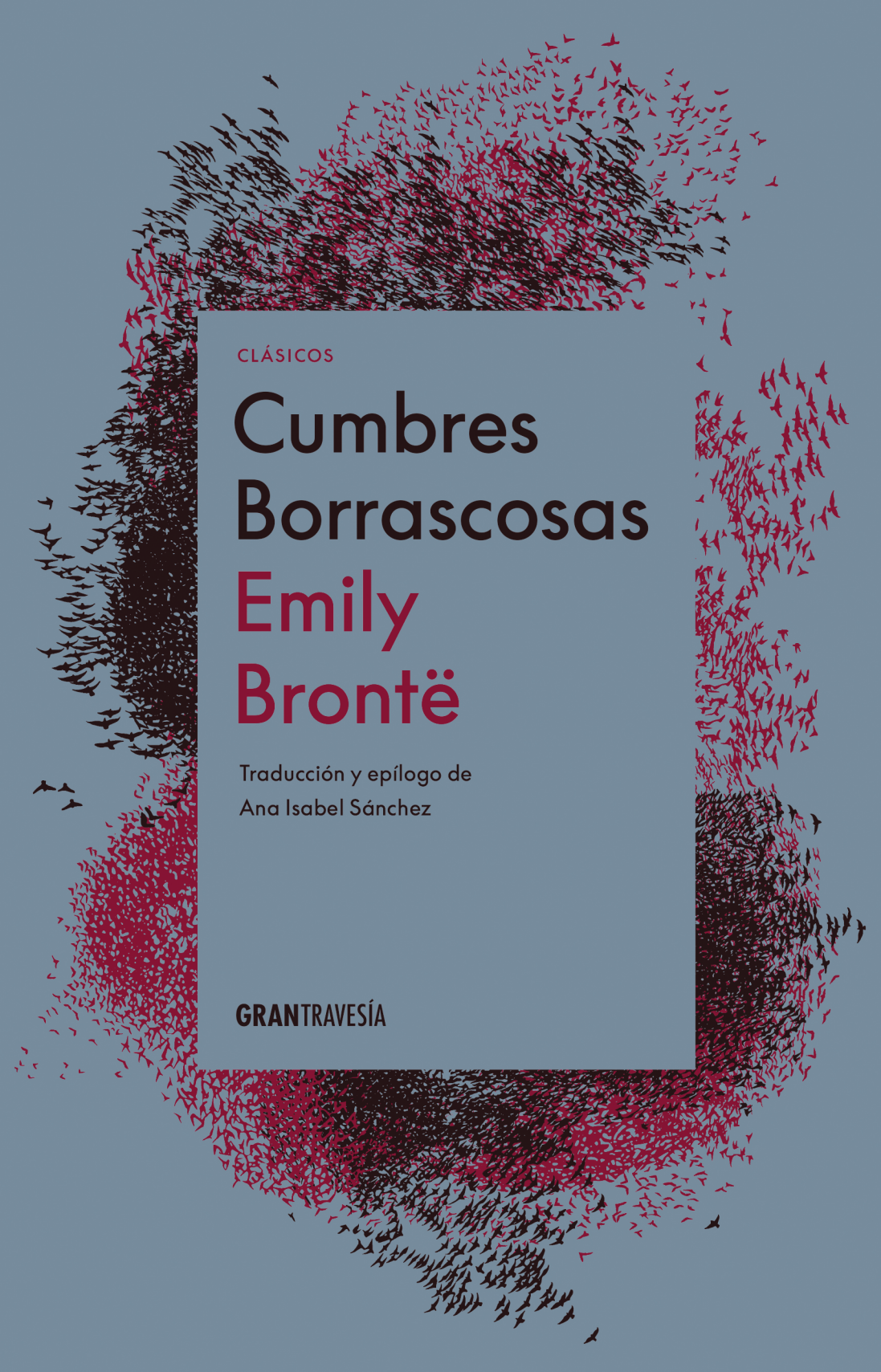

CLÁSICOS

# Cumbres Borrascosas

## Emily Brontë

Traducción y epílogo de
Ana Isabel Sánchez

GRANTRAVESÍA

CLÁSICOS

# Cumbres Borrascosas

Emily Brontë

GRANTRAVESÍA

CLÁSICOS

# Cumbres Borrascosas

## Emily Brontë

Traducción y epílogo de
Ana Isabel Sánchez

GRANTRAVESÍA

**Cumbres Borrascosas**

**Título original:** *Wuthering Heights*

**Autora:** Emily Brontë

**Traducción y epílogo:**
Ana Isabel Sánchez

**Concepto gráfico de la colección, dirección de arte y diseño de portada:**
Carles Murillo

**Ilustración de portada:**
Núria Solsona

D.R. © 2026 Editorial Océano, S.L.U.
C/ Calabria, 168-174 - Escalera B - Entlo. 2ª
08015 Barcelona, España
www.oceano.com

D.R. © 2026, por la presente edición,
Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

**Primera edición:** enero de 2026
**ISBN:** 979-13-990608-1-2 (Océano España)
**ISBN:** 978-607-584-199-1 (Océano México)
**Depósito legal:** B 23879-2025

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. El autor y la editorial no se responsabilizan del uso indebido de su contenido.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) o a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los derechos de autor, www.cempro.org.mx) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / *PRINTED IN SPAIN*

9005998010126

# VOLUMEN PRIMERO

# I

1801. Regreso ahora de hacerle una visita a mi casero, el solitario vecino con el que habré de tratar. ¡Ésta es sin duda una región hermosa! No creo que, en toda Inglaterra, hubiera podido decidirme por una ubicación tan absolutamente aislada del revuelo de la sociedad. Es el paraíso perfecto para un misántropo, y Mr. Heathcliff y yo formamos una pareja más que apta para dividirnos esta desolación entre ambos. ¡Un compañero magnífico! Poco se ha imaginado cómo me ha enternecido el corazón cuando, al llegar en el caballo, lo he visto ocultar los ojos negros con tanta suspicacia bajo las cejas y cuando, al anunciar mi nombre, se ha cobijado los dedos, con una determinación recelosa, aún más dentro del chaleco.

—¿Mr. Heathcliff? —pregunté.

Un gesto de asentimiento fue la respuesta.

—Mr. Lockwood, su nuevo inquilino, señor. Me he dado el gusto de venir a saludarlo lo antes posible tras mi llegada para comunicarle que espero no haberlo importunado con mi insistencia en solicitar la ocupación de la Granja de los Tordos. Ayer supe que se le habían planteado ciertas...

—La Granja de los Tordos es mía, señor —me interrumpió con una mueca—. No permito que nadie me importune si está en mi mano impedirlo. ¡Pase!

Pronunció el «¡Pase!» con los dientes apretados y expresando el sentimiento: «¡Váyase al diablo!». Ni siquiera la verja en la que estaba apoyado acompañó sus palabras con movimiento alguno, y creo que esa circunstancia me obligó a aceptar la invitación: sentí curiosidad por un hombre que parecía más exageradamente reservado que yo.

Al ver que el pecho de mi caballo empujaba la barrera con fuerza, sacó al fin la mano para desatrancarla y, luego, me precedió con hosquedad por el camino empedrado. Cuando entramos en el patio, gritó:

—Joseph, llévate el caballo de Mr. Lockwood. Y trae vino.

«He aquí la totalidad del servicio, supongo —fue la reflexión que me sugirió la orden compuesta—. No es de extrañar que la hierba crezca entre las losas y que sólo el ganado pode los setos».

Joseph era un hombre de edad avanzada; no, era un viejo, muy viejo, quizás, aunque robusto y nervudo.

—¡Que el Señor nos ampare! —masculló para sí con un dejo de disgusto irritado mientras me desembarazaba de mi montura y, en el entretanto, no dejó de mirarme a la cara con tanta amargura que conjeturé, caritativamente, que debía de estar necesitado de auxilio divino para digerir la comida y que la jaculatoria piadosa no estaba relacionada con mi inesperada aparición.

Cumbres Borrascosas era el nombre de la morada de Mr. Heathcliff. «Borrascosas»[1] es un adjetivo que describe muy bien el tumulto atmosférico al que su ubicación se ve sometida en tiempo de tormenta. Qué ventilación tan pura y vigorizante deben de tener aquí arriba en todo momento, sin duda. Cualquiera podría adivinar, por la excesiva inclinación de unos cuantos abetos raquíticos al fondo de la casa y por una ringlera de espinos demacrados que extienden todas las ramas hacia el mismo lado, como mendigándole al sol, la fuerza del viento

1. Se refiere, claro, a *wuthering*, un adjetivo dialectal, derivado del verbo *wuther*, que designa el rugido del viento cuando sopla con fuerza. *(N. de la T.)*

del norte cuando sopla por encima de las cumbres. Por suerte, el arquitecto tuvo la previsión de construirla robusta: las ventanas estrechas están profundamente hundidas en la pared y las esquinas resguardadas con grandes salientes de piedra.

Antes de cruzar el umbral, me detuve para admirar la generosa cantidad de tallas grotescas que cubrían la fachada, sobre todo cerca de la puerta delantera, encima de la cual, entre una jungla de grifos ruinosos y niñitos desvergonzados, detecté la fecha «1500» y el nombre «Hareton Earnshaw». Habría hecho varios comentarios y le habría pedido una breve historia del lugar al huraño propietario, pero su actitud junto a la puerta parecía requerir que, o entrara deprisa, o me marchara al instante, y yo no tenía ningún deseo de aumentar su impaciencia antes de examinar los recovecos de la casa.

Un escalón nos llevó a la sala de estar de la familia, sin ningún vestíbulo o pasillo previo: aquí, a esto lo llaman «la casa» por antonomasia. Suele incluir la cocina y la salita de recibir, pero creo que en Cumbres Borrascosas la cocina se ha retirado forzosamente a otra estancia; al menos, distinguí muy adentro un parloteo de lenguas y un repiqueteo de utensilios de cocina, y no observé el menor indicio de que se asara, hirviera u horneara nada cerca de la enorme chimenea; tampoco un solo destello de cacerolas de cobre y coladores de hojalata en las paredes. Un extremo, en verdad, reflejaba de forma espléndida tanto la luz como el calor de las filas de inmensas fuentes de peltre, entremezcladas con jarras de plata de distintos tipos, que se alzaban, hilera tras hilera, en una gran alacena de roble hasta el mismo techo. Éste último no se había revestido nunca: toda su anatomía se exponía desnuda a los ojos curiosos, salvo donde una estructura de madera cargada de tortas de avena y racimos de patas de ternera, cordero

y jamones lo ocultaban. Por encima de la chimenea, había un surtido de escopetas infames y viejas y un par de pistolas de arzón y, a modo de adorno, tres latas pintadas de colores alegres dispuestas a lo largo de la repisa. El suelo era de piedra, lisa y blanca; las sillas, unas estructuras primitivas de respaldo alto pintadas de verde; una o dos, negras y pesadas, acechaban en la sombra. En un arco bajo la alacena, reposaba una enorme perra de caza de color rojo hígado rodeada por un enjambre de cachorros chillones, y otros perros rondaban por otros rincones.

La estancia y los muebles no habrían tenido nada de extraordinario de haber pertenecido a un sencillo granjero del norte con el semblante tozudo y los miembros fornidos realzados por las calzas y las polainas. A tal individuo, sentado en su sillón con una jarra de cerveza espumosa en la mesa redonda que tiene delante, se le ve en cualquier distrito a cinco o seis millas entre estas montañas si se va a la hora apropiada, después de comer. Pero Mr. Heathcliff contrasta de manera singular con su morada y estilo de vida. En aspecto, es un gitano de piel oscura con las prendas y los modales de un caballero, esto es, un caballero como muchos hacendados del campo: un tanto desaliñado, quizá, pero, aun así, su dejadez no lo desdora, pues posee una figura erguida y bien parecida, aunque algo lúgubre. Es posible que haya quien le atisbe cierto orgullo descortés; yo tengo dentro una fibra sensible que me dice que no es así en absoluto: sé, por intuición, que su reserva surge de una aversión a las muestras de afecto ostentosas, a las manifestaciones de amabilidad mutua. Amará y odiará con la misma discreción y considerará una especie de impertinencia también ser amado u odiado. No, me estoy precipitando demasiado: le confiero mis propios atributos con excesiva liberalidad. Puede que

Mr. Heathcliff tenga razones completamente distintas a las que me impulsan a mí para mantener la mano apartada cuando conoce a un potencial amigo. Debo albergar la esperanza de que mi naturaleza sea casi única: mi querida madre me decía que jamás tendría un hogar confortable, y el verano pasado mismo demostré ser del todo indigno de uno.

Gozando de un mes de buen tiempo en la costa, me encontré de pronto en compañía de una criatura de lo más fascinante, una verdadera diosa a mis ojos mientras no me prestó atención. Nunca declaré mi amor de palabra; no obstante, si las miradas tienen lenguaje, hasta el más idiota habría adivinado que estaba enamoradísimo de ella. Ella me entendió, por fin, y me devolvió una, la más dulce de todas las imaginables. Y ¿qué hice yo? Lo confieso con vergüenza: me retraje con frialdad en mi interior, como un caracol; con cada mirada, me apartaba más y con mayor gelidez. Hasta que, al final, la pobre inocente terminó dudando de su propio juicio y, abrumada por la confusión de su supuesto error, convenció a su madre para que se marcharan cuanto antes.

Debido a este curioso cambio de inclinación, me he ganado la reputación de ser deliberadamente cruel; cuán inmerecida es, sólo yo puedo apreciarlo.

Tomé asiento en el extremo de la chimenea opuesto a aquél hacia el que mi casero se dirigía y llené el lapso de silencio intentando acariciar a la madre canina, que se había apartado de su camada y se movía por detrás de mis piernas con el sigilo de una loba, el morro crispado y los dientes blancos relucientes de saliva, deseando morderme.

Mi caricia provocó un gruñido largo, gutural.

—Más vale que deje tranquila a la perra —gruñó al unísono Mr. Heathcliff, que reprimió demostraciones más fieras

con un puntapié—. No está acostumbrada a que la mimen, no es una mascota.

Entonces, tras acercarse dando grandes zancadas a una puerta lateral, volvió a gritar:

—¡Joseph!

El criado farfulló algo incomprensible desde las profundidades de la bodega, pero no dio señales de subir, así que su amo bajó volando hacia él y me dejó *vis-à-vis* con la perra despiadada y un par de perros pastores hoscos y desgreñados, que compartían con ella una celosa vigilancia sobre todos mis movimientos.

Poco deseoso de entrar en contacto con sus colmillos, me quedé quieto. Pero, suponiendo que a duras penas entenderían las ofensas tácitas, me permití el desgraciado capricho de guiñar y hacerle muecas al trío, pero algún ademán de mi fisonomía debió de irritar tanto a la señora que, de pronto, se enfureció y se me encaramó al regazo de un salto. La aparté de un empujón y me apresuré a interponer la mesa entre nosotros. Este procedimiento alborotó a toda la colmena. Media docena de demonios de cuatro patas, de varios tamaños y edades, surgieron de cubiles ocultos hacia el centro común. Noté que mis talones y los faldones de mi levita eran particular objeto de ataque y, mientras rechazaba tan eficazmente como podía a los agresores más grandes con el atizador, me vi obligado a pedir a gritos la ayuda de alguien de la casa para restablecer la paz.

Mr. Heathcliff y su criado subieron los escalones de la bodega con una flema irritante. No creo que se movieran ni un solo segundo más rápido de lo habitual, pese a que la casa era una absoluta tempestad de dentelladas y gañidos.

Por suerte, una moradora de la cocina acudió con más premura. Una dama vigorosa, con el vestido remangado, los brazos

desnudos y las mejillas encendidas como el fuego, se precipitó hacia nuestro centro blandiendo una sartén, y usó esa arma y su lengua con tal determinación que la tormenta amainó por arte de magia y, cuando su amo entró en escena, sólo quedaba ella, jadeando como el mar después de un vendaval.

—¿Qué diantres ocurre? —preguntó él mirándome de un modo que apenas pude soportar después de un trato tan poco hospitalario.

—¡Qué diantres, eso digo yo! —mascullé—. La piara de cerdos endemoniados no podía estar poseída por espíritus peores que los de estos animales suyos, señor[2]. ¡Bien podría haber dejado a un extraño con una manada de tigres!

—No se meten con quienes no tocan nada —señaló y, luego, puso la botella ante mí y devolvió a su sitio la mesa desplazada—. Los perros hacen bien en ser celosos. ¿Un vaso de vino?

—No, gracias.

—No han mordido, ¿no?

—Si lo hubieran hecho, le habría dejado mi sello al culpable.

A Heathcliff se le relajó el semblante al sonreír.

—Venga, venga —dijo—. Está usted agitado, Mr. Lockwood. Tome, beba un poco de vino. Los invitados son tan extremadamente escasos en esta casa que mis perros y yo, estoy dispuesto a reconocer, apenas sabemos cómo recibirlos. ¡A su salud, señor!

Incliné la cabeza y devolví el brindis, pues comenzaba a darme cuenta de que sería absurdo continuar enojado por el mal comportamiento de una jauría de chuchos; además, no tenía

2. Se refiere a la piara a la que Jesucristo trasladó a los demonios que aquejaban a Legión, según los evangelios de Lucas (8, 26-39), Marcos (5, 1-20) y Mateo (8, 28-34). *(N. de la T.)*

ninguna gana de contribuir a aumentar la diversión de aquel hombre a mi costa, dado que ése era el derrotero que había tomado su humor.

Él —tal vez influido por la prudente reflexión de que sería una locura ofender a un buen inquilino— atenuó un poco su lacónico estilo de desprenderse de los pronombres y los verbos auxiliares e introdujo el que supuso que sería un tema de interés para mí: un discurso sobre las ventajas y desventajas de mi actual lugar de retiro.

Me pareció muy inteligente en los asuntos que tratamos y, antes de irme a casa, me sentía tan animado que me ofrecí a visitarlo de nuevo mañana.

Es evidente que él no deseaba que mi intromisión se repitiera. Iré de todos modos. Es asombroso lo sociable que me siento en comparación con él.

# II

La tarde de ayer llegó neblinosa y fría. Me sentí tentado de pasarla junto al fuego de mi estudio, en lugar de caminar entre los brezos y el barro hasta Cumbres Borrascosas.

Al volver del almuerzo, no obstante (nótese que almuerzo entre las doce y la una; el ama de llaves, una mujer corpulenta y de cierta edad que tomé como una parte más del mobiliario de la casa, no pudo o no quiso entender mi petición de servírmelo a las cinco[3]), cuando subí las escaleras con esta perezosa intención y entré en la estancia, vi a una joven sirvienta de rodillas, rodeada de escobas y de cubos de carbón, y levantando una polvareda infernal mientras extinguía las llamas con montones de cenizas. Este espectáculo me hizo retroceder de inmediato. Cogí mi sombrero y, tras una caminata de cuatro millas, llegué a la verja del huerto de Heathcliff justo a tiempo para escapar de los primeros y ligeros copos de una nevada.

En aquella desapacible cima, la tierra estaba endurecida por una escarcha negra, y el aire me provocó un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo. Incapaz de quitar la cadena, salté la verja y, corriendo por el camino enlosado y bordeado de algún que otro arbusto de grosella espinosa, llamé en vano para que me abrieran hasta que los nudillos me escocieron y los perros aullaron.

«¡Miserables moradores de esta casa! —exclamé para mis adentros—. Os merecéis el perpetuo aislamiento del resto de

3. Lockwood proviene del sur de Inglaterra, donde la comida principal del día solía hacerse a media tarde y no a mediodía. Era, también, una marca de distinción social. *(N. de la T.)*

vuestra especie por vuestra grosera falta de hospitalidad. Al menos, yo no dejaría las puertas atrancadas durante el día. No me importa... ¡Entraré!».

Con esa determinación, agarré la aldaba y la sacudí con vehemencia. Joseph, el de la cara avinagrada, asomó la cabeza por una ventana redonda del granero.

—¿Qué quiere? —gritó el criado en el dialecto de la zona—. El amo está abajo, donde las ovejas. Dé la vuelta al granero si quiere decirle algo[4].

—¿Es que no hay nadie dentro que abra la puerta? —vociferé a modo de respuesta.

—No hay nadie salvo la señora, y no abrirá aunque no pare usted de montar ese alboroto hasta la noche.

—¿Por qué? Eh, Joseph, ¿no puede decirle quién soy?

—¡No! No quiero tener nada que ver —farfulló, y la cabeza desapareció.

La nieve empezó a caer con fuerza. Agarraba la aldaba para probar de nuevo cuando un joven, sin abrigo y con una horca echada al hombro, apareció en el patio de atrás. Me llamó para que lo siguiera y, después de atravesar un lavadero y una zona enlosada que comprendía una carbonera, una bomba y un palomar, al fin llegamos a la estancia grande, cálida y alegre en la que me habían recibido la primera vez.

Reflejaba de manera encantadora el resplandor de un fuego inmenso, una mezcla de carbón, turba y madera. Cerca de

4. En el original, el personaje de Joseph se comunica utilizando el dialecto de Yorkshire, muy distinto del inglés normativo. Sabiendo que no existe una solución completamente satisfactoria para la traducción de estos casos, he decidido reflejar esta diferencia de una manera sutil, utilizando alguna que otra palabra en desuso en las intervenciones del personaje. *(N. de la T.)*

la mesa, dispuesta para una cena abundante, me complació ver a la «señora», una persona de cuya existencia no había sospechado hasta el momento.

Le dediqué una venia y esperé, pensando que me invitaría a sentarme. Me miró tras recostarse en su asiento y permaneció quieta y muda.

—¡Qué mal tiempo! —comenté—. Me temo, Mrs. Heathcliff, que la puerta debe lucir las consecuencias de la ociosa atención de sus criados. ¡He tenido que esforzarme para hacerme oír!

Ni siquiera abrió la boca. Me quedé mirándola... Y ella se me quedó mirando a mí. Como fuera, tenía los ojos clavados en mí de un modo frío, desconsiderado, extremadamente embarazoso y desagradable.

—Siéntese —dijo el joven con brusquedad—. No tardará en entrar.

Obedecí; me aclaré la garganta y llamé a la perversa Juno, que, en esta segunda entrevista, se dignó a mover la punta de la cola en señal de que me reconocía.

—¡Qué hermoso animal! —comencé de nuevo—. ¿Tiene pensado deshacerse de las crías, señora?

—No son mías —contestó la amable huéspeda en un tono más repulsivo que el que podría haber empleado el propio Heathcliff.

—Ah, entonces sus favoritos se cuentan entre ésos —proseguí al mismo tiempo que me volvía hacia un cojín oscuro lleno de algo parecido a unos gatos.

—Sería una curiosa elección de favoritos —observó con desdén.

Por desgracia, eran un montón de conejos muertos. Carraspeé de nuevo y me acerqué a la chimenea mientras repetía el comentario sobre lo desapacible de la tarde.

—No tendría que haber salido —dijo la mujer, que se puso de pie y cogió dos de las latas pintadas de la repisa de la chimenea.

Su ubicación la había mantenido protegida de la luz hasta entonces; ahora, tenía una visión clara de su figura y su semblante. Era esbelta y, por lo que parecía, apenas había superado la niñez. Tenía una silueta admirable y la carita más bella que había tenido el placer de contemplar; rasgos menudos, muy hermosos; bucles rubios, o más bien dorados, que le colgaban sueltos sobre el cuello delicado; y los ojos... de haber albergado una expresión agradable, habrían sido irresistibles. Por fortuna para mi susceptible corazón, el único sentimiento que mostraban se debatía entre el desprecio y una especie de desesperación que resultaba particularmente insólita de encontrar en ellos.

Las latas quedaban casi fuera de su alcance; hice ademán de ayudarla y se volvió contra mí como lo habría hecho un avaro hacia quien intentara ayudarlo a contar su oro.

—No quiero su ayuda —me espetó—. Puedo cogerlas sola.

—Le ruego que me disculpe —me apresuré a decir.

—¿Le han invitado a tomar un té? —preguntó mientras se ataba un delantal sobre el pulcro vestido negro y luego sostenía una cuchara llena de hojas sobre la tetera.

—Me tomaré una taza de buen grado —contesté.

—¿Le han invitado? —repitió.

—No —dije con una media sonrisa—. Usted es la persona adecuada para invitarme.

Devolvió el té a la lata con cuchara y todo, y se sentó otra vez en la silla, enfurruñada, con la frente fruncida y el rojizo labio inferior proyectado hacia fuera, como el de una cría a punto de llorar.

Entretanto, el joven se había echado sobre el cuerpo una prenda de abrigo evidentemente raída y, tras colocarse ante las llamas, me miró por el rabillo del ojo igual que lo habría hecho si entre los dos existiera un pleito mortal aún por vengar. Empecé a dudar de si sería un sirviente o no; tanto su vestimenta como su habla eran toscas, desprovistas por completo de la superioridad observable en Mr. y Mrs. Heathcliff; llevaba los espesos rizos castaños encrespados y revueltos, las patillas hirsutas le invadían las mejillas y tenía las manos oscurecidas como las de un vulgar labrador. Aun así, su porte era confiado, casi arrogante, y no mostraba ni un ápice de la diligencia de un sirviente al atender a la señora de la casa.

Al carecer de pruebas claras sobre su condición, me pareció mejor abstenerme de comentar su curioso comportamiento y, cinco minutos después, la llegada de Heathcliff me alivió, hasta cierto punto, de la incomodidad de la situación.

—¡Ya ve, señor, que he venido, tal como prometí! —exclamé dándome un aire alegre—. Y me temo que el tiempo me retendrá durante media hora, si se puede permitir cobijarme durante ese tiempo.

—¿Media hora? —dijo mientras se sacudía los copos blancos de la ropa—. Me sorprende que haya elegido lo peor de una tormenta de nieve para pasearse hasta aquí. ¿Sabe que corre el riesgo de perderse en las ciénagas? La gente que conoce estos páramos se equivoca muchas veces de camino en tardes como ésta, y le aseguro que ahora mismo no hay posibilidad de que cambie.

—Quizá convenga que uno de sus mozos me haga de guía y se quede a pasar la noche en la Granja. ¿Podría prescindir de uno de ellos?

—No, no podría.

—¡Oh, vaya! Bien, en ese caso, debo confiar en mi propia sagacidad.

—Uf.

—¿Vas a hacer el té? —preguntó el del abrigo raído tras desviar la mirada feroz desde mí hacia la joven señora.

—¿Él también va a tomar? —preguntó ella a su vez dirigiéndose a Heathcliff.

—Prepáralo de una vez —fue la respuesta, emitida con tal violencia que me sobresalté.

El tono con el que se pronunciaron las palabras reveló una naturaleza verdaderamente maligna. Ya no me sentía inclinado a considerar a Heathcliff un compañero magnífico.

Cuando concluyeron los preparativos, me invitó con un:

—Bien, señor, acerque la silla.

Y todos, incluido el joven rústico, nos sentamos a la mesa; nos sumimos en un silencio austero mientras despachábamos la cena.

Pensé que, si yo había provocado la nube, era mi deber esforzarme en disiparla. No podía ser que todos los días estuvieran tan serios y taciturnos, y era imposible, por muy irritables que fueran, que el ceño que todos lucían fuera su expresión habitual.

—Es extraño —comencé en el intervalo entre terminarme una taza de té y recibir otra—, es extraño cómo moldea la costumbre nuestros gustos e ideas; muchos no podrían concebir la existencia de felicidad en una vida tan absolutamente aislada del mundo como la que usted lleva, Mr. Heathcliff. Sin embargo, me atreveré a decir que, rodeado de su familia, y con su afable señora como espíritu protector de su hogar y de su corazón...

—¡Mi afable señora! —me interrumpió con un rictus de desdén casi diabólico en la cara—. ¿Dónde está mi afable señora?

—Me refiero a Mrs. Heathcliff, su esposa.

—Bueno, sí... ¡Ah! Está insinuando que su espíritu ha ocupado el puesto de ángel custodio y protege las fortunas de Cumbres Borrascosas aunque su cuerpo no esté. ¿Es eso?

Al percatarme de mi grave error, intenté corregirlo. Podría haberme dado cuenta de que la edad de las partes era demasiado dispar para que fuesen marido y mujer. Una de ellas tenía unos cuarenta, un período de vigor mental en el que los hombres rara vez abrigan la ilusión de que las jóvenes se casen con ellos por amor: ese sueño queda reservado para el solaz de nuestros años de declive.

De pronto, caí en la cuenta: «El patán que tengo al lado, que se está tomando el té en un cuenco y se está comiendo el pan con las manos sin lavar, podría ser su marido. Heathcliff hijo, claro. He aquí las consecuencias de enterrarse en vida: ¡la joven se ha lanzado a los brazos de ese bruto por pura ignorancia de que existen individuos mejores! Una gran lástima. Debo tener cuidado de no ser la causa de que se arrepienta de su elección».

Puede que la última reflexión parezca presuntuosa. No lo era. Mi vecino me resultaba casi repulsivo y sabía, por experiencia, que yo era razonablemente atractivo.

—Mrs. Heathcliff es mi nuera —dijo Heathcliff, lo cual corroboró mi conjetura.

Lanzó mientras hablaba una mirada peculiar en dirección a la joven, una mirada de odio, a no ser que tenga un perversísimo conjunto de músculos faciales que no interpreten, como los del resto de los mortales, el lenguaje de su alma.

—Ah, por supuesto, ahora lo entiendo. Usted es el afortunado poseedor de la benéfica hada —observé después de volverme hacia mi vecino.

Fue peor el remedio que la enfermedad: el joven se puso colorado y apretó los puños; tenía todo el aspecto de estar pensando en atacarme. Pero pareció recomponerse, al poco, y calmó la tormenta con una brutal maldición dirigida a mí, a la que, sin embargo, me ocupé de no prestar atención.

—¡Qué desafortunado es en sus conjeturas, señor! —observó mi huésped—. Ninguno de nosotros tiene el privilegio de poseer a su hada benéfica, su esposo está muerto. Le he dicho que es mi nuera, por tanto, debió de casarse con mi hijo.

—Y ¿este joven es...?

—¡Mi hijo no, desde luego!

Heathcliff volvió a sonreír, como si hubiera sido una chanza demasiado osada atribuirle a él la paternidad de aquel oso.

—Me llamo Hareton Earnshaw —gruñó el otro— y le aconsejaría que lo respetara.

—No le he faltado al respeto —respondí mientras en mi fuero interno me reía de la dignidad con la que se presentaba.

Clavó los ojos en mí durante más tiempo del que me apeteció devolverle la mirada, pues temía sentir la tentación, bien de abofetearlo, bien de hacer audible mi hilaridad. Comencé a encontrarme inconfundiblemente fuera de lugar en aquel agradable círculo familiar. El sombrío ambiente espiritual sobrepasaba y neutralizaba con creces las radiantes comodidades físicas que me rodeaban, así que resolví ser cauto respecto a aventurarme bajo aquel techo en una tercera ocasión.

Una vez que terminamos de comer, dado que nadie pronunciaba una sola palabra de conversación amigable, me acerqué a la ventana para valorar el tiempo.

Con qué triste espectáculo me encontré: la noche oscura caía de forma prematura y el cielo y las montañas se mezclaban en un único torbellino glacial de viento y nieve sofocante.